

Conciencia crítica

Carlos Díaz

Universidad Complutense de Madrid

Conciencia crítica» parece una expresión tautológica, pues el adjetivo no añade gran cosa al sustantivo, dado que la conciencia es siempre la realidad que critica en el sentido más etimológico del término: la realidad que criba, que discierne, que selecciona, que analiza, que sintetiza, que configura y hasta que desfigura.

. Desde que Kant escribió la *Crítica de la Razón Pura*, todo se volvió criticismo en filosofía, y precisamente ese aluvión terminó por convertirse en alud mortal para la crítica misma, en la medida en que los críticos no se conformaron como hubieran debido con establecer los marcos epistemológicos previos a la facultad de actuar, sino que invadieron el campo de la actuación misma haciéndola de tal guisa imposible.

:Frente a aquellos que sofocaban la crítica con la hipercrítica en un delirio del pensamiento abstracto cuya esencia es la extrapolación categorial y el distanciamiento cada vez más grande del mundo real (tal y como viera ya Platón en su famoso «argumento del tercer hombre»), frente a esos tuvieron Marx y Engels (y especialmente este último) palabras fuertes, para concluir: «Das Bewusstsein kann nie etwas Andres sein als das bewusste Sein» (Marx/Engels 3-26). Lo que pasó a su vez fue que, por un movimiento pendular y reactivo, el propio marxismo incurrió en el defecto que había denunciado, reduciendo fiscalistamente la conciencia a la sociedad, sin comprender que para ello haría falta una conciencia: «Das Bewusstsein ist also von vornherein schon ein gesellschaftliches Produkt und bleibt es, solange überhaupt Menschen existieren» (Marx/Engels 3-30 ss.). Como era inevitable, los marxistas rizaron el rizo más tarde, donde sus mil y una escuelas críticas sedentes en Alemania.

En cualquier caso, nadie debería negar que la famosa conciencia crítica tiene un punto débil y un punto fuerte. Un punto débil, en efecto, lo tiene en tanto en cuanto toda crítica es de suyo una dependencia respecto de aquello que se critica: ¿Qué sería el crítico sin-lo-criticado? El boxeador quedaría francamente ridículo golpeando el aire si careciese del saco frente al que se ejercita. En realidad, con harta frecuencia el discurso que se autotitula izquierdista, se apoya en su condición «extraterritorial» o «extraparlamentaria» o «extraacadémica» (algo siempre «extra», más esplendente, undívago y fascinante, algo numinoso en suma) para formar una realidad extraordinaria que acaba siendo ordinaria, un principio alternativo para alternarte mejor Caperucita, una crítica al papa que tiene luego derechos de autor para el pope, una heterodoxia que de tanto jactarse de tal, deviene la más aburrida ortodoxia en la heterodoxia, un discurso disidencia que resulta mera sidencia, insistencia y secuencia, etc. etc.

Aunque no guste hay que decirlo: más de una vez, detrás del crítico pretendido, lo que hay es que ha estudiado poco; muchos rodeos se evitarían con un bachillerato mejor hecho. Muchas terribles críticas dejan sólo tras de sí un flanco vulnerable: una adolescencia con un complejo de Edipo, una agresividad frente a los padres irresuelta o resuelta al margen del cariño, etc. Cada vez es más frecuente, en la sociedad contemporánea, un tipo de inmadurez social que a los unos -les convierte en impenitentes y pertinaces resentidos y a los otros en rebaño aquiescente donde ninguna orwelliana Rebelión en la granja parece pensable. En cualquier caso, los que torcieron la necesaria rebeldía juvenil no la enderezaron luego bien, y se quedaron en quinceañeros contra toda metafísica, sobre todo si la ignoran y desde luego si carecen de modestia, que es el patrimonio mínimo e imprescindible de la sana inteligencia crítica.

Es entonces cuando el todo y la nada parecen juntarse en la schellinguiana oscuridad en que todos los gatos son pardos. Por lo demás, el desaforado hipereriticismo sabe reconducirse siempre con sentido común a la segunda residencia y a la buena mesa, pues el buen yantar aplaca y seda tanta irritación crítica y tan derrengante ajeteo. Cuanto más grande es el celo quijotesco, tanto más sólito es el pancesco engordar la alforja, por si todo lo demás fueren alucinaciones. Este lado débil del criticismo está a la vista.

Hay también, como es natural, un oficio crítico serio, un lado grande de la fiesta: nunca se ponderará suficientemente a quien sabe prescindir de la adulación en favor del testimonio. Pero la soledad del corredor de fondo es la actitud del crítico que nada siempre corriente arriba, precisamente porque es crítico, como ya sabía Bergson. El testigo de la crítica no recibe premios; para él, el silencio es obligada forma de sus comentarios de texto. Suya es la voz censurada, y sus textos -convenientemente afeitados y manoseados más tarde- sirven para que los demás se diviertan en la común tauromaquia que tendrá lugar a las cinco en punto de la tarde, como todos los años, si el tiempo no lo impide y, desde luego, si la autoridad académica no lo prohíbe.